

José María Álvarez

SOBRE LA DELICADEZA
DE
GUSTO Y PASIÓN

[Deserts conquered from Chaos and Nothing]



CALLE DEL AIRE
RENACIMIENTO

Como dice Edward Gibbon al empezar su AUTOBIOGRAFÍA, «mi diversión es mi estímulo y mi recompensa».

*Owê war sint verschwunden alliu mîniu jâr;
its mir mîn leben getroumet oder ist ez wâr?
daz ich ie wânde daz iht waere, was daz iht?
dar nâch han ich geslâfen unde enweiz es niht.
nû bin ich erwachet und ist mir unbekant
daz mir hie vor was kündic als mîn ander hant.
liut unde lant, dâ ich von kinde bin erzogen,
die sint mir fremde worden, reht als ez si gelogen.*

WALTER VON DER VOGELWEIDE

<i>Yuku mizu to</i>	<i>La corriente</i>
<i>tomo ni suzushiku</i>	<i>es fría Guijarros</i>
<i>ishi kawa ya</i>	<i>bajo los pies</i>

CHIBOKU

Je n'enseigne poinct, je raconte.

MONTAIGNE

*A todos
los que estuvimos
allí.*

I

MY BODY OF A SUDDEN BLAZED

Los pájaros flotan sobre las aguas
Flotan como coágulos de luz blanda en la mirada de
pronto todo se
petrifica
Una luz de oro muerto queda detenida
Es la bestia de la felicidad

II

QUE VIDA TAN ILUSTRADA (¡Y EN ESTOS TIEMPOS!)

TODA la tarde
a la sombra bendita de este árbol,
releyendo
al azar, pasajes
de las FIVE DISSERTATIONS
de esa pasión que es Hume;
después, el mar, cuando el sol no calienta –y cómo
sentimos que le pertenecemos
a esas aguas–; luego
«la cena que recrea y enamora»,
el sabor del marisco, la frescura del vino,
y ya en la delicada sobremesa
el cognac y su efecto,
qué estimulantes sensaciones
mientras contemplo y paladeo en mi memoria
esas palabras del bufón: Fortune,
that arrant whore,
errante puta la Fortuna.

Y ahora

usted, Borges,
mientras por el ventanal entra la brisa
con olor de la mar, y el cuerpo ya
se abandona al sueño misterioso,
usted, una vez más
usted, Borges,
y el humo santo de mi cigarro.

III
CHE COSA È QUESTA?
ED UNA MELODIA DOLCE CORREVA
PER L' AERE LUMINOSO

RECUERDE el alma dormida
aquella tarde griega. El
vaho ardiente que cubría
la ciudad, aquella luz de bronce al rojo vivo.

Y

en esa luz, quemante como ella,
esa Victoria
del templete de la Ateros:
esa carne delicadamente transparentada
por la tela, el movimiento de esa mano
que va a atar
la sandalia.

Imaginaste el día
cuando alguien creó esa belleza.
Acaso la tarde brillaba igual, acaso él sentiría
un aire así, caliente. Y lo soñó moviendo con suavidad
un velo
sobre la hermosura de unos muslos, de un pecho
que quizá estaba viendo, que quizá
había gozado, o deseado...
Y esa tela sobre esa carne de mujer
seguía ahí, moviéndose, y esa carne aún vivía,
como la Luna por los altos cielos, y como ella
consoladora, vivificadora,
eterna.

IV
IN THE SUNNY SIDE OF THE STREET

CASI sin darme cuenta,
tanto de lo que amaba
ha ido abandonándome...

Libros que me gustaban y hoy no soportaría,
lugares que alguna vez
me interesaron, horas
de arrebatada juventud. Personas
queridas. Yo mismo; los que he sido.

¿Ir en su busca? Las
aguas de ese espejo no
son
buenas
para navegar.
El deseo, las mujeres, oh aún están ahí. Pero
¿deseo ya compartir con ellas
ese deseo?
La pasión de la Libertad,
ni imaginada ya por casi nadie.
Quizá hasta el sueño mismo
del Arte.

Pero es hermoso el día que contemplo. Es hermoso
este atardecer sobre la mar.
Y tengo a mano buenos libros
y música dichosa.
Y sí, acaso es un consuelo:
no envilecí mi vida.

Me quedan ya pocas personas
que signifiquen algo,
no tengo patria, ni siquiera es mi lengua
quizá la que más amo.
A cualquiera que me pregunte
¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?, sólo
puedo decirle:
Camino por el mundo,
siento el frío de la Luna,
y aún hay en mis ojos
curiosidad.

V

THE VARYING SHORE O`TH`WORLD

EL otro día, ¿recuerdas?, yo escuchaba
LAS BODAS, y tú entraste.
Algo viste en mis ojos. «Te has
ido», susurraste.
Acaso era verdad. Me había
ido, sí, pero
¿adónde?
Estaba en algún sitio
del que nunca sabré cómo
regresé, y al que tampoco sabría
volver
solo.

VI
SAFISMO EN PÉRGAMO
(O THESE ENCOUNTERERS...)

ERA lenta la luz, y era suave;
un tibio sol de Otoño que se agradecía.
Estábamos allí Francisco Brines,
Carlos Marzal, Villena...

La belleza del día
acariciaba dulcemente
nuestra conversación.

Cerca, en un banco
a la entrada del museo,
estaban recostadas dos muchachas.
Jovencísimas, rubias,
con un aire de abandono impuro.
Una, más reclinada, casi como dormida,
su pelo rubio caía sobre el banco;
de la otra veíamos la espalda
desnuda entre un top negro
y unos jeans que dejaban
a la contemplación la morbidez de sus caderas.
Sobre esa espalda,
en aquella luz amortecida, brillaba
una delicada pelusilla de oro. La mano de la otra
pasaba delicadamente sus uñas sobre
esa espalda.

Ah, cómo se sentía
el roce de esos dedos.
«¡Safismo en Pérgamo!», exclamó Luis Antonio.
Brines y Carlos sonreían.

Nos hechizaron largo rato.
La gracia de aquellos cuerpos
entregados a un exquisito placer, ya más allá,
como olvidando ese placer...
Ah si los versos pudieran
estar hechos de ese sueño,
dar lo que esa contemplación nos regalaba,
ser como el agua fresca cuando hay sed,
que consuele o distraiga la desdicha,
que hagan sentir
un pensamiento hermoso.

VII

CARTA SOBRE LA TOLERANCIA

PASA... ¿Qué me traes? Otra edición del bueno de Ligne. Gracias; es buen regalo.
Y tú también lo eres.
Y que me lo ofrezcas desnudándote, diciendo: Abre me a mi primero.

Pero si puedes entenderme. Estoy como Baudelaire, y en este momento por mis venas coule au lieu de sang l'eau verte du Léthé.
¿Qué quieres que te diga? Pasa, al menos por educación, no te irás sin lo tuyo.
Pero qué quieres que te diga...
Supongo que es la época. Hace ya tiempo, lo dije: la infamia que vivimos arrasa lo que ni aquella peste legendaria, ni devastaciones, ni esos dioses misóginos lograron desterrar:
la pasión, joder con entusiasmo.
Y esta basura de mundo que hemos hecho, no es lugar, no es el mejor –desde luego, no para el poeta– para que brille la sexualidad.
... Y bueno, todo junto, y yo, que quizá par délicatesse, tampoco he sabido apartar de mi alma cuanto no fuera la Poesía, lo que solo a ella sirve. Y eso se ha vuelto una cuchilla contra mi alma.
Y bien, no estoy de humor.

De todas formas, gracias.
Y, pasa, sí. Una cosa rápida.
Y luego vuelve a tus estudios;
con poco que le pongas, la Universidad
hará de tí otro zombi. Acaso salgas
ganando. Al fin y al cabo,
vas a vivir entre bárbaros,
y ser uno de ellos
–ni notar la abyección,
pensar «correctamente», considerar normal
estos gobiernos de indeseables–
debe evitar males mayores. Puede que así no acabes
en un campo de concentración.

el regusto de esas páginas amadas,
o soñar contemplándola
en lo que haría con su cuerpo,
y recordar también acaso
cuando mi carne era más fuerte
que mi inteligencia, y el deseo
no elegía?

Mejor seguir a solas,
terminando mi copa.

IX

DISCOURS SUR LE BONHEUR

UNA gota de lluvia en la ventana
atravesada por la luz de la calle,
te ha traído: perla que colgabas
sobre aquel cuello amado.

¿Dónde estarás
ya? La ruina del tiempo
—o qué ávidas manos— te han
robado.

Pero esta noche vuelves,
y vuelvo a contemplarte
como brillabas entonces
sobre el cuello de mi abuela,
el orgulloso cuello.

Y es esa perla
la que concentra hoy
todo mi pasado
como un araño.

X

LA CHARTREUSE DE PARME

EN la penumbra del atardecer
la suave luz desvaneciéndose
aún ilumina en el salón desierto
el viejo piano, como encerrándolo en una urna
de transparencia. Y es esa luz,
como de aquellas otras tardes,
la que devuelve a mi memoria otro salón, y cobran vida
junto al piano, esos rostros
queridos, abuela, madre, hermana,
y como entonces, le dais
al niño que os miraba
la sensación de que ese ámbito dichoso
siempre estaría
ahí. Y en las primeras sombras,
os volvéis, sonreís, me llamáis con la mano y la sonrisa
para que me acerque hasta vosotras.
Y es como si una brasa me cubriera la mirada.

XI

ANTE UNOS FRESCOS DE RAFAEL

CUÁNTOS años lleváis
ahí, mirándonos, y acaso perdonándonos.
Alguien, un día, quiso gastar su oro
en que un pintor creara vuestra luz,
ese otro oro inmenso
más allá del Destino.
Desde ese día, cuánto ha sucedido
a vuestros pies. La dicha y la desgracia,
el amor, la pasión, intrigas y plegarias,
sangre de asesinados,
el río sin sentido de la vida.
Y esos muros, ahí, esa pintura,
y ni una gota de esa sangre
os ha salpicado.

XII

EROS, THOU YET BEHOLD'ST ME?

I

LA vieja mar...

 Debí sentir su olor
en el vientre de mi madre.
Sé que la contemplé
a los pocos días de nacer.

 ¿Qué
sentí, dime, entonces
ante tí?

Ese espejo cegando bajo el sol,
esa oscuridad resplandeciente de brillantez lunar,
esa inmensidad que absorbe los ojos,
que te lanza nadie sabe a dónde.

Esas aguas llamándome.

Pero como los pescadores de mi costa,
¿te amo?
O eres, ahí, lo sagrado,
líquido amniótico donde bañarse
feliz,
y al mismo tiempo Muerte.

Tu beso guarda la sensualidad y el odio
de Afrodita, la furia de Posidón,
eso que está en la sangre
desde antes del principio.

II

DÓNDE estáis. Dónde estamos
ya todos. Y dónde aquellos días.
Contemplo desde el balcón
del viejo estudio, la
cala de aguas verdes
donde nos bañábamos.

Esos

días... Éramos hermosos como los jóvenes
que enamoraban a Teócrito.
¿Os acordáis? Nunca teníamos sueño. La sensación
de que aquello jamás acabaría.
Llenos de alcohol, otros de drogas,
enloquecidos por la poesía, dispuestos
a entregar el corazón
por cualquier locura dichosa.
Un día la vimos: A mermaid on a dolphins back.
Y cómo sonaba Lester Young, cómo cantaba Billie
Holiday, aquellas
noches, mientras bebíamos
ante el abierto ventanal
lleno de un cielo de refulgentes estrellas.

Hoy, mirando esas aguas, he sentido un
escalofrío. Esa cala, el viento, las ascuas
de azul del cielo.
Esa cala ya sin nosotros.

La luz de atardecer sobre las aguas
y esta brisa de algas,
como si soplasen sobre los rescoldos de mi memoria.
Y esta vida que ya dice: Te rechazo.
Cuando yo aún no la rechazo a ella.

y III

QUÉ consuelo en la noche...

Ni sus altísimas estrellas,
ni esta brisa tan sensual,
ni el influjo de esa Luna
que siento rozarme.

Cómo noto en las sienes,
donde puedo aún casi notar la frescura
de una corona de juventud,
hincarse el tacto frío de la Muerte.

¿A dónde fue... qué?
¿Estaba prometido
algo?
Cuando ya sólo hay
pasos sin rumbo
sobre la arena fría
de esta playa sin nadie.

XIII

RIPRESI VIA PER LA PIAGGIA DISERTA

AH, desde estas murallas de Essaouira,
cómo da uno al fin de
qué,
un Mundo que da a Qué.

Aúlla el viento contra las atalayas,
filos helados
de espuma de la mar. Arden cielos oscuros.
Qué nos sería propicio
en el chasquito de esta bóveda celeste
que se tensa como un arco?

Cierro los ojos y me ofrezco
a estas aguas, a esta fuerza monstruosa,
siento los cristales
rotos del huracán, cortar
mi frente.

Ah esa mar
grandiosa, esta tarde feroz donde retumban
cadáveres de pájaros, sal húmeda, Lunas de cieno.

Sí. Me ofrezco.
Ahí vive algo que no puedo, que no sé
expresar. Pero al adentrarme
en ese territorio no pisado...
Sí. Me ofrezco.
Sobrecogido. Como
en un

sacrificio.

A ese viento que viene de otro Mundo,
a eso que no puedo, que no sé
nombrar.

XIV

EL SUEÑO DE UNA MADRUGADA DE VERANO BARCELONESA

LA suave madera de la barra
El brillo de las botellas como el resplandor
De las Luna en las aguas
Y esa melancolía refinada
De las huellas húmedas del vaso
Parece la superficie de un lago embalsamado
Una luz blanquecina fría horrible
Entrando por la cristalera de la puerta
A tu lado un viajante
(O vendedor de una compañía de seguros)
Habla de su mujer «No sé con quién se acuesta» y «Ya ve usted
Ahora que me acaban de subir el
Sueldo» Y sin saberlo repite un verso de Propertio
«Sin ella todo me da igual» que es el Nulla nihi tristi
Praemia sint Venere
Nada alienta si está enojada Venus
«El caso es que la quiero» Y el amianto del día
Se extiende suavemente por la barra
Y hay fuera un piar de pájaros
Y ruido de un tranvía
El humo del cigarrillo asciende suntuoso
Qué extraño es ese rostro
Qué extraño el barman Y ese tipo
Con la cabeza hundida entre sus brazos
En una mesa al fondo ¿Estará vivo?
Pedazos de carne que flotamos
Al otro lado ya

XV

WHEN SUCH A SPACIOUS MIRROR'S SET BEFORE HIM, HE
NEEDS MUST SEE HIMSELFT

Escucha, ¿por qué no te tiendes
sobre esta cama, como si a solas estuvieras,
y te acaricias para mí?
Acaríciate suavemente, muy despacio. Y, sí,
en algún momento
cierra los ojos y muérdete los labios,
y suspira
hondo.

Déjame contemplarte
mientras escucho a Cherubino
cantando Voi, che sapete.

Y yo miro tus manos
recorrerte, acariciar tus pechos, tus
pezones, descender lentamente
por tu vientre, tus muslos, y perderse entre ellos.

Déjame contemplarte.

Siento un affetto pien
di desir ch'ora è diletto,
ch'ora è martir.

Si ves que intento
tocarte, como furiosa aparta
mis manos. Entrégate a las tuyas solamente. Mi
piace
languir così,

mientras Frederica von Stade
–que es a quien amo–
me emociona, hace que dos lágrimas
resbalen por mis mejillas.

Mas

tú, sigue,
sigue, mi amor, deja a esas manos
que obedezcan tan sólo a tu placer,
que entren y se pierdan en la Cueva de Aladino,

y

cuando allí me encuentres,
agazapado,
no te prives: Ahógame.

XVI
EL AMOR IMPERVIO

AH ver lo que tú ves
Lo que buscas en esa ventana
que atraviesas con los ojos

Ah Michael Furey
Esperar lo que esperas
que te desgarras el corazón
con la dicha

Ver siquiera un instante
asomarse el amor
Que te mire

Ah ver lo que tú ves
Esperar como esperas, Michael
Furey
Esa ventana que arde

Y qué noche tan inmensa
Y cómo late el corazón

XVII
IRRLICHTS

LA bruma desdibuja los contornos de la playa
y ya no se ve el mar. Pero los ojos de mi deseo
contemplan su desnudez. La tarde, lentamente,
deja versos, aunque ninguno satisface
mis ilusiones. Y el suave apagarse de la luz
encuentra su eco en el abandono de mi alma.
La playa brilla. El olor de la mar
flota como llovizna. La brisa me acaricia suavemente.
Deseo flotar en ese perfume,
en la hermosura de este paisaje,
en el sonido de las olas que rompen contra las rocas,
ya plata oscura.
Y qué silencio de pronto. Un casi imperceptible
chapoteo
es como una piedra tirada sobre las aguas mansas
de mi corazón.

XVIII

GUIRNALDA DE AFRODITA

O SIEH, WIE MEINE WEGE ZIEHN UND SCHIMMERN
IN DEM GLANZ VON DEINEM FEUERSCHEIN

i

CÓMO te he recordado
amado Anacreonte
esta noche, con la tercera copa ya vacía,
en un local que tú hubieras detestado.
Porque también he visto allí
pasar de largo a Eros,
el dorado revuelo de sus alas.

ii

AH, desconocida. Qué suntuosa tu mirada.
Apoyada en la barra, con el vaso en la mano,
retando al mundo.
Seguramente la ginebra
que ya llevaba dentro
me aumentó tu belleza, la hizo más sugestiva.
Pero cuando me miraste
echándome la larga,
asintiendo a la lujuria que tú podías suponerme,
qué vivo me sentí, como maldije
mi vuelo que salía.

Y ahora que ya ha pasado el tiempo
que tantas cosas borra (según dicen),
ahí estás, como entonces,
mirándome. Y cómo lo agradezco.

EN el instante de correrte
 seguramente tú pensabas en
 otro.
 Si no, ¿por qué rugiste «¡Ay,
 Luis!».
 Y yo, debo decirlo –(quería lucirme)– estaba
 recordando a Dido cuando exclama
 Hauriac hunc oculis ignem crudelis ab alto
 Dardanus, et nostrae secum ferat omina mortis.
 O a lo mejor pensaba en algo
 de Tocqueville, o Burke.

Pero qué importa.

No se trataba de emular ANTONY AND CLEOPATRA.
 Y además, ahí estaba
 tu coño de adolescente, de oro
 (no tan jugoso como yo los recordaba;
 pero al dente, triunfal, de Marcha de Radetzky),
 y estaba tu pelo extendido como llamas
 sobre la almohada,
 y tus pechos, de punta –(si hay
 errata: de puta, también vale)–, duros, kamikazes,
 y tu cuerpo olía a mi saliva,
 y mi boca olía a tu sexo,
 y ese culo
 era como el de Nicole Kidman,
 ¡y yo la había metido entre esas nalgas!
 Hija de mi vida, cómo no perdonarte
 que me llamas Luis, cómo no perdonarte
 la hora y media de necesidades
 que tuve que aguantarte, hasta la cama.
 Y sobre todo, dime, ¿alguna
 vez pensaste que tan sólo
 por hacer lo que hacías cada fin de semana
 y que para ti significa lo que comerte una hamburguesa,
 ibas a terminar como heroína de un poema?

¿Es esto lo que esperas,
lo que esperan tus ojos
y tu sonrisa, desde esa
fotografía: esta erección?

¿Quién serás? Cómo envidio
a quien te haya llevado
a la cama, a quien haya gozado
esa boca entreabierta, esos labios sucios,
esos ojos nocturnos y calientes,
ese maigrer de la première jeunesse
que decía Stendhal.

Y ahí estás.
Esperando a otros viajeros.
Hechicera de la Muerte.
Y como no te he visto
crecer, ahí
estarás
para siempre,
esperando
un polvo antiguo y señorial
como Lisboa.

¿SENTISTE el mismo
rubor, la misma
turbación,
hoy, que la primera vez que alguien
tendió tu cuerpo sobre una
cama? ¿O qué era eso que vi
en tu mirada?

Cómo me habían hablado
mis amigos, de ti, del brillo de tus ojos,
de cómo mueves el pelo al caminar, cómo parece
que anduvieses desnuda.
Y además, ese punto
de vulgaridad, tan atractiva.
Como la vendedora de guirnaldas
de que Plutarco y Plinio hablan,
hasta los elefantes se enamoraban
de ti.

Pero yo olfateé
algo más: Que esa carne
de discoteca, ansiaba
sueños, estaba deseando
otros mundos. Y cómo esa mirada
húmeda de noches
de locura, esa boca tan sabia,
cómo ha sabido distinguir
los placeres de altura.

El problema es si ahora
vas a encontrar placer y diversión
donde antes. ¿Sa-
bes? Como leí una vez en Rilke:
Gewagtes kind, nun bist Du nirgends sicher
als is Gefahr.
Gewagtes, sí. Y ya no has de sentirte
tú, si no es en el peligro.

vi

TENER tus ojos, como aquella
siesta –agua de las orillas,
arena y conchas en la transparencia–,
después de haber amado,
rendida, ahí,
casi desvaneciéndote como la luz.

vii

SUEÑO, si tienes alas
¿volarías al lecho de.....?
Entra en su cama, siente
el calor de su cuerpo, ese
olor a chicle de frambuesa,
y dile:
Niña perversa y juguetona,
un poeta desvelado
piensa en tí, te desea,
quisiera, como el vampiro,
entrar en tu alcoba
y sorberte el alma.

viii

VER el mundo como lo veía
por ejemplo, Morand, poder decir como él:
Barrès seguía siendo el anarquista
de sus primeros libros, y Maurras
sólo un poeta... El Ancien
Régime
no era Turgot, no era el abate
Terray, sino Gouthière, Gabriel. No decían: Francia recobró
su imperio con Vergennes, sino

Nunca han vuelto a dorarse
los bronces como
bajo Louis XVI.

Pero algo aún queda de ese mundo:
Tú eres ese dorado de esos bronces.
Y haber visto ese brillo
consuela mucho de este tiempo miserable

donde

jugando con la notable
frase de Churchill: Nunca
tanto imbecil ha sojuzgado
tanto a tan pocos excelentes.

ix

No es necesario que me ames
Que me desees tampoco es esencial
Es suficiente con que seas
Muy hermosa y muy puta

x

LES sanglots longs
des violons
de l'automne
te aseguro, vida mía, que ya no
blessent mon coeur
d'une langueur
monotone.

Y es que
aunque parezca desnaturalizado,
desde aquí no se ve
el Otoño

y mucho menos

con lo que está cayendo.
Además, vida mía,
¿por qué no ser sincero?
Ya no está el coeur
para que lo hiera esa langueur.

Lo hieren otras cosas.

Por ejemplo tus ojos.

Qué Otoño, qué violines
podrían comparársele; arañan como uñas
en una espalda en ese instante
que tú ya sabes.

Y esos labios ansiosos...

¿Langueur? ¿Violons?

Deja que fuera se sucedan

las estaciones, y las épocas, y el Mundo.

Es el mar de la caracola de tu coño

lo único que quiero ya escuchar...

Las obscenidades que susurras en mi oído.

Ven aquí, criatura de la noche,

modernísima, audaz, cosmopolita.

xi

AH, esa sonrisa, al desperezarte,
aún medio dormida, ese cuerpo caliente...

¿Has soñado con un centauro?

Mírame: ¿Envidiaría esto al centauro?

Y es por ti por quien se encabrita.

Y es que compraste mi memoria.

Y en ella siempre estás

como aquella mañana –el puente sobre el Neva,

detrás de ti la Aguja del Almirantazgo–,

resplandeciente, mítica, sagrada,

hundiendo en la miseria a todo el que mirara

ese faro de perdición.

Cómo olvidar

aquella cara que se convirtió en herida,
tus ojos que mataban como mantis,
que mis dedos olviden el tacto de tu piel,
y que mi alma apague aquella hoguera
donde fuí dichoso como un animal
e invulnerable como un Dios.

Todas mis amantes
se han hecho tan mayores
y están tan delgadas...
Y sus hijas también,
y alguna nieta.
Pero tu no. Aún no.

En fin... Sigue así.
Gracias por ir siempre maquillada.
Gracias por usar siempre falda.
Gracias por no usar jamás tanga.
Gracias por no afeitarte el sexo.
Gracias por tus labios que parecen siempre
estar chupándola, húmedos, burlones.
Gracias por oler como dicen que olían
las antiguas cortesanas de Venezia,
almizcle y ámbar.
Como decía Bertrand Russell hablando de los jefes gibelinos:
marchemos altaneros,
malditos de Dios y del Hombre,
hacia la más espléndida decadencia.

xii

¡JODER, joder, nada más que joder!
Sin saber quién eres, sin que sepas
quién soy, sin tener que mirarnos
al día siguiente. ¡Qué
plenitud! Mascar
esos pétalos violentos,

el deslumbrante zarpazo de lo salvaje,
la espléndida obscuridad del alma
sin memoria. ¡Joder,
joder! ¡Ser el que somos
en carne viva!
Brutales, suicidas. Mientras
tocan la dulce Emma y Willie Humphrey
¡y ese bajo de Sayles!
Y por el filo de la Luna
refulge el esqueleto del Verano.

xiii

QUÉ hermosísimo misterio:
Un hombre que camina por una ciudad,
que ya desdeña el rumbo, que acaricia
la dignidad del suicidio contra la insania de la vida.

Y de pronto
en una librería a la que entra
por vicio –pues apenas mira nuevos títulos,
y de los viejos ya ha leído los que importan–,
ante una de las mesas
ve una joven, que sólo al contemplarla
el latigazo del deseo
lo llena de una misteriosa plenitud,
y mira
ese cuerpo adorable, ese rostro
perfecto, esos ojos...

Y además, aunque importe poco –o sí–
para ese estremecimiento,
lo que la hermosa tenía en sus manos
(esas manos hechas para excitarme)
no era la basura de las Etxebarría
o de los Benedetti; lo que esos ojos hechiceros
miraban con pasión

era el DICCIONARIO DEL DIABLO
de Ambrose Bierce.

Bastó desear con esa intensidad, desear a ese ser,
la posibilidad de unirlo a tu memoria,
bastó el sonido y la furia del deseo
para que los pájaros negros de la vida, volasen lejos,
se perdieran en qué cielo, y ya sólo sintieras
en tu carne ese latido
de ganas de vivir.

xiv

LA luz del amanecer fundiendo
en el ventanal a Pest y el río;
y en la noche que se desvanecía
cómo vi, con sus últimas sombras, la
tuya, abandonando aquella habitación,
abandonando mi vida para siempre.
«Ya sabe donde puede
encontrarme». Y yo miraba
la cama deshecha, el hueco de la almohada
desde donde tus ojos me habían
mirado, las sábanas
oliendo a ti, a nosotros,
un perfume vicioso como el que había aspirado
de tu pelo.
Es difícil saber
de qué país son hijas las mejores putas.
Las orientales, o las rusas,
sin duda las francesas tienen algo especial,
pero las húngaras, Dios mío,
las húngaras...
Seda de opio.

xv

ATRÁEME,
usa intensos perfumes,
muévete sensualmente,
que vea libertinaje en tu mirada,
vicio en tus labios,
ofrécame como Lidia a Galo
todas tus bocas,
que el mundo y que la vida sólo sean
tu carne y tu pelo, tu risa,
tu olor,
 que entren en mi alma
como se desparraman sobre el cielo
los rosados dedos de la aurora.

Y luego, llama a un taxi.
A las 3, a las 5,
a las 7, cuando
quieras, pero
llama a un taxi.
Me gusta dormir solo.

xvi

COMO aquella bailarina a Automedonte
levantas mi verga de su tumba.

Y de eso se trata:
No que me des conversación,
ni te ocupes de mi (ya lo hago solo),
ni ninguna zarandaja
de las que tanto os gusta presumir.

Tan sólo que me pongas
como un toro, que mi sexo
rompa la losa de esa tumba.

Ven. Y ofréceme
la sabiduría de tu boca
caliente, la jubilosa desnudez
de tus pechos, date la vuelta, ofréceme
la sortija de Luna azul entre tus nalgas,
y déjame perderme
luego, olvidarme
hasta de mí mismo, contemplar la Tierra Prometida,
hozar en ese humedal cubierto
del pelo más hermoso.
Sí, déjame
mirarte y bendecir
una Vida que ha creado
algo tan excitante como tú.

xvii

No rompas el encanto, y que estos días
que fueron de «las Ninfas
de azulada papila»... ¿Por qué entregarlos
a una continuación que destruiría su belleza?

La pasión, el dardo de Eros,
cuanto nos hizo sentirnos como dioses...
Deja de darle vueltas:
Está bien, ahí, en la memoria,
sin nada que lo enturbie.

Mira, querida, hay algo
que inexorablemente siempre
sucede, no sólo con la pasión: con todos nuestros sueños.
Un día no están. Y tantas veces
sin saber por qué. Pero no están.

Recuerdo una película.
No te la cuento. Pero sólo el final,

cuando algunos altos mandos
reflexionan sobre el momento que produjo
la derrota de sus tropas:

—Fue en Nímega, dice uno.
—Fue en esa maldita carretera
que conduce a Nímega, dice otro.
—Fue después de Nímega, dice un tercero.
—Da igual –añade otro–. Siempre pensé
que era un puente demasiado lejano.

Si te sirve esta historia
es todo cuanto puedo
decirte.

y xviii

BUENO. Allí estabas. Y no era más frío
el indiferente cielo que se perdía en la mar,
ni el fragor helado de las olas en las guijas de la playa,
que tu gesto. Y no es posible tampoco
decir: En ese instante
ya no me amaba, ya
no
me deseaba. Seguramente aún sí. Pero esos ojos no
me miraban, Me traspasaban, y
se perdían en un mundo que
a mí
me estaba vedado.

*«Necnon libelli stoici inter sericos
jecere pulvillos amant»*

XIX
NOX RUIT ET FUSCIS TELLUREM
AMPLECTITUR ALIS

LA Luna alta de plata ardiente.
Lo que yo pueda ser, se
funde
con ese resplandor misterioso.

Y es tan dichosa, tan
suave
esta soledad.
Respirar profundamente y sentir que me llena
el Mundo. Perla
de milagrosa transparencia, Diosa
de los cielos, me miro en tí
como en un espejo. Conviérteme
en escalofrío de tu esplendor.

XX

A DEEP WITHOUT A NAME

EL apacible cielo, de un color
que emociona. Y a lo lejos
la línea azul de las montañas.
Y bajo ese atardecer, la mar inmensa,
sagrada, misteriosa, mezclando su rumor
al de los pájaros que vuelven
a dormir en los pinos de la playa.
Este hombre que camina por la arena,
si como ellos es fruto del azar,
¿por qué no tiene la insensibilidad del cielo,
el dejarse vivir como esa mar,
la dicha de esos pájaros?
Sabe que un día, y no lejano acaso,
perderá todo esto.

 Pero ahora
cómo muerde en su carne
la perfección y la belleza de este Otoño.

En el sendero de la Muerte,
mineralizándose,
contempla cómo asciende la Luna.

XXI

IS THIS THE PROMIS'D END?

¿SABÉIS qué es ESCRIBIR?
En Homero, esa flecha
—en la violación del pacto—
de Pándaro, que hiere a Menelao.
¡Cómo cruje ese arco!

XXII

A MIRROR-RESEMBLING DREAM

LLUEVE sobre el jardín
de piedras y arena
Las gotas de lluvia golpean
en el entarimado del pabellón
La arena empapa la lluvia
Mi vida pasa en un segundo
hasta no ser nada
En el corazón de la lluvia
se desvanece Buda

XXIII
INCERTAM LUNAM

LA Poesía...
ese coño donde humedecer los labios

XXIV

LOS DESIERTOS DE BOHEMIA

¿QUIÉN fuiste? ¿Qué sueños
ardían en tu alma?
¿Qué trajo tus pasos hasta este
pequeño cementerio de Courtaparteen?
¿Qué te hizo pedir que se grabaran
sobre tu lápida esos versos?

Aquí, en los

acantilados,
ante la mar de olas furiosas,
al amparo humilde de esta pequeña iglesia,
fundido con el viento
descansas.

Y esas palabras: HIS
BONES ARE CORAL MADE
THOSE PEARLS THAT WERE HIS EYES.

¿Amabas tanto a Shakespeare;
acompañó «The tempest» tus noches solitarias
bajo este cielo helado,
escuchando el aullido de estos vientos?
Hubiera sido lo que hubiera sido
tu vida, deseaste fundirla
con este paisaje salvaje, con esta mar terrible,
que tus huesos fueran su coral,
tus ojos perlas de su abismo.

El Invierno brilla como un diamante
cortando el viento.

Otro hombre extraño pasa hoy
ante tu tumba, y esas palabras sobre la piedra
son un lazo de unión por encima del tiempo,

algo que le dice
que bien pudiérais haber sido
amigos. Y desea para él
que algo así lo recuerde; una
estela que otro hombre encuentre un día
y le haga sentirse
otro eslabón de esa cadena.

XXV

THE RICH GOLDEN SHAFT

HUYE la luz del día y vagas sombras
velan los libros, cuadros... tu mirada.
El que ahora lees, resbala de tu mano
mientras contemplas cómo los ventanales
se oscurecen. Quieres guardar aún
por un instante
este desvanecerse de la luz, donde
parecen cobrar vida otros momentos,
recuerdos de palabras de escritores que amas,
que se demoran en la memoria,
que parecen sentirse a gusto en este ámbito
delicado, que te llaman
desde ese su otro mundo.

Qué misteriosa es esa dicha. Unas
pocas palabras
bien elegidas, una escritura viva,
bastan para que olvides el horror del mundo
y sientas latir el corazón con la misma alegría
que lo hace latir el deseo.
Esas páginas son tu única patria,
y quienes las escribieron, tus amigos.
Ojalá ese amor y esa amistad me salve
de la desesperación.
¿Quién sabe de últimas paces, Don Abel?

XXVI

ADDIO, SASÀ. NON DIMENTICHERAI

AH, sí, como el viejo y querido Po Chu-I,
cambiar el espejo por
una copa de oro y jade blanco.
Huir así de la vejez
que con extrañeza y amargura en él verías,
disipar cualquier pesar en la embriaguez
que esa copa te regalaría.
Y como deseaba el gran Li Pao,
que se detenga para mí el crepúsculo.

XXVII
CARTA A UN AMIGO

QUERIDO Borges,
esta mañana
cuando volvía de comprar libros
cerca de Odeon, en Rieffel, junto a
donde vivía Cioran
de
pronto
sentí temblar el suelo.
En lugar de ocurrírseme otra cosa
me dije: Es la caída
del Imperio Romano.

HACE unos días tuve
una experiencia grandiosa
(no habitual en mi, que suelo sentir las
más, digamos, urbanas): fue al regreso
de Kyoto. El avión entró en el amanecer.
Yo, como usted sabe, nunca
duermo; iba leyendo
(por cierto, muy de su gusto, a
Stevenson...). Y al mirar por la ventanilla...
Ah, la
belleza
del Mundo, casi
insoportable. El sol encendía una blancura
deslumbrante.
Aguas y tierras heladas,

los ríos y los lagos, (por la forma
creo que eran) el Yenisei, el Mar de Kara, el Obi.
Sentí la dicha
de pertenecer a esa belleza. De ser hijo
de la misma madre.

Un

azar que crea eso
merece ser adorado
como algo sagrado.

EL otro día reflexionaba
–estaba corrigiendo mi biografía de Talleyrand–
sobre los desastres que ha causado
aquella pervertida Revolución
Francesa. Y pensé en algo
que me gustaría consultar
con usted. De alguna forma
¿no estaba ya el veneno inoculándose
desde 1767, cuando
el Parlamento inglés
consagró la atrocidad de que la mayoría
–ya sin Ley superior–
pudiera desatar su soberanía ilimitada?
Esa traición a la Libertad y al Estado de Derecho
contra la que clamaron –¡en las Colonias!–
Adams, Otis, Patrick Henry...
Quizá fuera peor
esa declaración, que los horrores
en que derivaría el 89. Una
carga de profundidad acaso más
aniquiladora. Me
gustaría
saber qué piensa usted.

Y otra cosa
–más importante–:
he releído sus NUEVE ENSAYOS
DANTESCOS.
Qué envidia, Borges;
que lejos y qué alto
voló usted.

¿SABE? Es curioso. Las
librerías
están llenas –cada vez más– de
libros sobre Hitler, sobre
«lo que pasó». ¿Pasó? Creo que
no
pasó. Está ahí. Y esta bestial
fascinación. El mundo –y ojalá me
equivoque– está en el fondo subyugado
por todo aquello. Y lo está porque el alma
de esta Democracia,
sus ansias más profundas
es aquello.

Y, bueno, no sé si es
intencional esta criminación
tan limitada, como para hacernos aceptar
que «aquello» «sucedió», pero que nunca
volverá a suceder.

Cuando posiblemente
–bajo sutiles formas (ya no hace falta
SS alguna, si tenemos
la televisión)– el Estado está logrando
un control absoluto, y
con la aquiescencia de la sociedad,
tan feliz mientras le eviten
pensar, dócil si se la subvenciona.
Será la libido servitii que vio Tácito.

QUE todo esto
va a acabar muy mal
no creo que haya nadie
medianamente inteligente
que lo ponga en duda. Estamos
a merced de personajes
necios como la Historia no recuerda,
y además abyectos.
Qué piara de trileros.
Qué gentuza, Borges, qué gentuza.

¿CREE usted que
como dice Jünger,
cabe sopesar la posibilidad
de que el crepúsculo de los Dioses
se quede en nada?

HACE un rato pensaba
en Benjamín Guggenheim. ¿Lo recuerda?
Se hundió con el «Titanic».
Una copa de cognac en la mano.
Y para recibir a la Muerte
se vistió de etiqueta. A
veces –para confortarme– pienso
en él.

BUENO... Y en Rilke.
Fue el último de nosotros
que vivió como
hay
que vivir.

Si al primer imbécil que alumbró
lo del pensamiento correcto
y el multiculturalismo
lo hubiésemos puesto en evidencia,
lo hubiéramos puesto en su lugar:
ser la burla de todos, nos
habríamos ahorrado
esta intolerancia
y la Horda a la que lleva.

MAÑANA veré a María. Al
final hemos acabado
compartiendo el piso
del Quai Saint-Michel. A usted le hubiera
gustado mucho.

ESTA tarde estuve repasando mis
poemas, intentando afinarlos.
Sobre todo los de amor (quizá mejor sería
decir, los que cantan el Deseo). Y comparándolos
con los escritos hace años.
Vuelan más bajo. Cómo ha desaparecido en ellos
«lo sagrado», lo que llevaba más allá.
Pero nacen así,
Borges, e incluso
otro tono me suena
falso.
Lo mismo que sentía la otra noche
viendo THE MAN WHO SHOT
LIBERTY VALANCE.

Hemos hecho trizas la
vida hasta el punto

que ya nos son incomprensibles
esas lealtades, esa forma
de mirar la Historia. Nosotros mismos, Borges,
¿es que nuestra memoria
no empieza a sernos ya
literatura fantástica; lo
que es peor: intransmisible?

¿Y si dejásemos de escribir?

MIENTRAS todo se derrumba
yo sigo viéndola en la alta noche.
El rostro amado de Billie Holiday.
Y escucho sus canciones,
esa carne de los sueños abrasados
de todos los exilados de la Historia.

POSTDATA:

BERLÍN. Verano
de 1813. Todo arde de espíritu guerrero
contra el Emperador. Se alza
la nación
–nuevo y letal concepto que ha de dar
mucho que hablar–. Todos... menos
un hombre: Schopenhauer.
Nos dirá de esos días: «Cuando el clamor de guerra
ahuyentó a las Musas, también yo
abandoné Berlín, siguiendo su cortejo,
pues sólo a ellas había jurado
fidelidad».
Notable ejemplo, ¿no
le parece?

OTRA POSTDATA:

¿ESTA chusma?
Ya ni mise en colère.

OTRA POSTDATA:

Sí, hay que meditar
mucho sobre el FEDRO.
Y qué voy a decirle
de la APOLOGÍA DE SÓCRATES.

XXVIII
IN MEMORIAM
EMILIO GARCÍA GÓMEZ

HA sido alegre haberle conocido.
Y un honor. Y la felicidad, leer sus libros,
conversar con usted, escucharle,
reír con su humor.

Permítame, querido

Emilio,
que le ofrezca estas líneas
como testimonio de mi agradecimiento
por su vida.
Hay tantas cosas unidas en mi memoria
a nuestros años de amistad:
noches junto al mar, el gusto
por el sabor de unos pescados, de una fruta,
conversaciones que me han hecho mejor,
el amor compartido por Istanbul, Esmirna,
sus consejos cuando yo escribía sobre Lawrence
de Arabia, su lucidez implacable sobre
el mundo que se acercaba
y que usted no deseaba conocer.
Hay escritores que uno admira,
pero que hubiera resultado insoportable
su trato. Usted,
como de Verdi dijo Auden,
es uno de esos pocos hombres
que inspiraba el deseo
de tratarlo. Y nunca defraudaba.

XXIX

LIBERTADES MEMORABLES, COMO DIJO CERNUDA

¿DÓNDE están los bellos muchachos?
No dejo de preguntármelo, querido, viejo
amigo y maestro. Y busco por las calles
esas bocas de alcohol y miel,
los ojos impuros de mis sirenas...
Ayer pasé por el Elite, a tomar un café
y conversar un rato con madame Christine.
Lo están pintando. Había un camarero viejísimo, que acaso
(algo en él aún era hermoso) se acostase
con usted. Luego estuve en el Cecil,
bebiendo lenta, melancólicamente
en la terraza, contemplando el mar. Por ahí llegó
tanto...
Pensé en Durrell. ¿Dónde está lo que vio,
donde fueron posibles Justine, Melissa, Capodistria, Clea,
Balthasar, Nessin, Scobie...? Y esa pregunta no cesaba
en mí. ¿Dónde están los bellos
muchachos? Los que a usted le aceleraban el corazón,
las carnes tensas y vibrantes
como cuerdas de arco, esa belleza hija
de mil razas, ambigua, hija de tantas formas
de entender el mundo, de sentirlo,
de amarlo;
el brillo de los portales en la noche, los cafés
donde todo podía suceder, los burdeles, el zarpazo
de la vida,
lo que fue Alejandría,
la que besaba en los atardeceres con esos labios perfumados,
la promiscuidad, el deseo rezumante
como un sexo, el libertinaje donde se templan las pasiones.

Sus muchachos de áspero semen. Mis
ninfas
más allá del bien y del
mal. Ni siquiera
(como el aroma que alguien deja al pasar)
la fragancia, algo, de lo que ha sido
esta ciudad, de lo que fue este templo
de la inteligencia y el placer.
A veces, creo sentirlo. Fuerzo mi sueño. ¿Cómo podría
no existir ni un latido
de lo que fue el espíritu
de esta ciudad depravada y magnífica?
Aún creo a veces ver unos ojos, ese
brillo, unos labios
voluptuosos, esas miradas mantenidas que te dicen
«Vamos a la cama. Lo estoy deseando».
Pero lo que respiro es un vaho espeso,
amazacotado, de uniformidad, de
integrismo, empañando
el espejo. Los
bellos muchachos... Mis hijas de la noche...
Belleza y placer, y sabiduría, sacrificados
en qué altar, altísimo espíritu derribado.
La Luna ya no es su planeta.

XXX

CESÓ TODO, Y DEJÉME

No volveré a mi mar del Sur, ni a sentir aquel
sol, ni a las hermosas que dejé en Brundisium.
La vida me ha traído
a este país obscuro,
donde los vientos cortan como espadas
y el cielo son tinieblas impenetrables.
Soy un legionario, defendiendo la muralla
que separa la Britania que hemos conquistado
de esas brumas de donde salen seres temibles.
Esta batalla ha sido mi última
batalla. Sangro y sé que voy a morir.
Pero aún así, no maldigo.
Voy a morir en esta tierra espantosa,
pero mis huesos serán mojones de hasta donde
llegó Roma.
Qué hedor. Veo
brillar la muerte en esa niebla
densa como resina.
Veo esa turba de salvajes que cargan
contra nosotros. Pero también
veo
las Águilas de Roma, la Civilización.

XXXI

ON GÂTE DES SENTIMENTS SI TENDRES À LES
RACONTER EN DÉTAIL

SOBRE esta waste land
el poeta es la Luna

XXXII

LOVER COME BACK TO ME

LA madrugada está
llena de ángeles muertos
Las doncellas tienen monedas
de oro entre los muslos
Todo es de hule
Una humedad enferma
Como un mar que resuena saliendo de la niebla
Se deposita en las heridas las
pudre
Y en el cadáver de la lluvia
brilla la Luna

XXXIII
SDEATH!

Ah, escúchalos, cómo
roen
la puerta, acechan
detrás de los cuadros, de los
libros, ah, escúchalos,
esas úlceras de la noche,
los vermes del suicidio.

XXXIV

WHEN TO THE SESSIONS OF SWEET SILENT
THOUGHT I SUMMON UP REMEMBRANCE OF THINGS PAST

LA noche va tejiendo
su telaraña, y el cuerpo ya
preparado, se dispone
a la paz de la lectura. La
mano
al azar, entre tantos nobles volúmenes,
toma una vez más su
FINAL DEL LABERINT, su PELL
DE BRAU. Y poco
después, como ese viento
que encrespa las olas bajo mi ventanal,
sube en mi alma una alegría
excelente, la que produce su escritura.

Y vuelve

en esa felicidad, aquella otra
de los momentos cuando estuvimos juntos,
las mañanas compartidas, aquel despacho
tan medurado en el Paseo
de Gracia, y vuelven
aquellas conversaciones, aquellas enseñanzas
de humildad y de grandeza, de elegante
cosmopolitismo, de tolerancia,
de amor por Montaigne, por el QUIJOTE, Dante,
de lucidez sobre esta broma pesada
que es la vida. Y todo eso vertido
en aquel ambiente de afecto, de entrañable
amistad...

Ah, mi muy querido

Espru,
ahora la noche pone ante mis ojos

aquella llum dels altíssims palaus,
y sé que cuando acabe la lectura
de sus versos, las atrocidades, las humillaciones
de este día, serán ya nada, y sólo
tendré ojos para este limpio firmamento
y esas palabras tuyas aladas de luz.
Gracias.

XXXV

PINOS DE LO PAGAN

CÓMO brillan los pinos
esta mañana con la lluvia. Son los mismos
que asombraron mis ojos
en aquellos días de la infancia.
La frescura de ese verde
con qué fuerza me devuelve allí,
a los sentimientos, la alegría
de aquellas horas.
Ya no recuerdo ni los nombres
ni vuestros rostros, todos los que jugábamos
cerca del mar, bajo esos pinos.
Y de pronto, Septiembre,
de pronto llovía, y nacía ese verde limpio,
mientras nosotros
con el barro de aquella lluvia
modelábamos misteriosas figuritas
que después dejábamos allí, deshaciéndose,
como un tributo al Verano que se iba,
al que habíamos sido
en aquella felicidad. Y yo
miré esos pinos
y me deslumbró ese verde resplandeciente.
Y así habéis estado, en la obscuridad del mundo,
hasta que otra lluvia os ha traído.
Y ya no tengo nada que ofrecer.

XXXVI
DE L'INCOMMODITÉ DE LA GRANDEUR

Hoy –acaso
habrá sido ante la belleza del mar,
o al releer a Safo;
o quizá al lavarme y verme en el espejo
cómo envejezco—
he vuelto a sentir muy hondamente
algo que ya pensé en MUSEO DE CERA:
Toda esta historia de un Dios Único
¿no será un paso atrás
no sólo como asfixia de la imaginación
sino como cepo de nuestras libertades,
en vez de símbolos hermosos con los que medirnos?

XXXVII

GRATA SUPERUENIET QUAE NON APERABITUR HORA

GRACIAS, insomnio,
por haberme traído hasta esta hora,
cuando sobre los cielos va expandiéndose
la luz rosada del amanecer
(Qué bien la viste, Homero).
Lentamente todo va fundiéndose
hasta convertir a Alejandría en un aguamarina.
Hechizado yo también por esa luz
contemplo desde mi balcón las aguas, la Corniche, la
vida de esta ciudad donde soy feliz. Sé
que lo mejor de mi
es lo que me hace capaz de sentir esta emoción,
lo que me hace reconocerla y amarla;
lo que me ha llevado, eligiendo,
a hacer mío lo mejor,
lo mismo en el esplendor de la Naturaleza
que en las obras del hombre, lo creado
en cualquier lengua, tiempo, bajo cualquier costumbre.
Elijiendo
ser mejor. Y olvidando
lo que era inferior, lo que merecía
morir.
Sí. No ha sido en vano.
Qué más da ya
todo. Llegar
a esta mañana, sentir así, aún, ahora...
No ha sido en vano. Soy
digno
de esta luz.

XXXVIII
POEMAS DEL EXILIO

i

CAE la tarde sobre el río.
La lluvia ya se ha ido
y Notre Dame parece de oro.
La gente y los coches pasan
bajo mi ventana, ese mundo que bulle
afuera y que tanto bien me hace.
Mañana he quedado con Guy Sormann
(siempre es agradable) y esta noche
ceno con Ray y su jovencísima mujer.
Hoy he paseado recorriendo
mis librerías de viejo, y he comprado
un librito de Wuillemier sobre Tácito,
otra edición de UBU de Jarry,
PENSÉES ET MAXIMES
de Sainte Beuve (la edición de Grasset)
y la traducción de Masseron
de la COMEDIA; luego, en mi mercado de Maubert,
dos botellas de un espléndido alsaciano y un queso de cabra
que está diciendo cómeme.
En Iraq siguen matándose; los americanos
no saben dónde se han metido.
España sigue profundizando en su destino
de escarabajo pelotero; es como si Caín hubiera
desovado en su alma. Francia... bueno,
«hombre enfermo» de Europa.
Ayer estuve con Revel; no está bien
de salud. Pero sólo conversamos
sobre temas agradables, y con entusiasmo.
La tarde es tan hermosa.

El concierto para Clarinete de Mozart
que estoy escuchando, bastaría
para llenar una vida.
La cena de esta noche aún me traerá
una conversación inteligente.
Mañana llega Maria Kodama. Carmen es hermosa.
No sé –como pensaba el Dr. Arnold–
si las ruinas de la moral son más emocionantes
que las del Arte.

«... EN avanzado estado
de descomposición».

Una vez

más, lo escucho por la tele.

No sé sobre qué cosa.

Pero cómo os gusta repetirlo.

Hasta creo ver salivilla resbalando

por vuestros mentones.

Cómo os gusta.

«En avanzado estado de descomposición».

Y si supiérais cuánto...

COMO esos viejos discos
de jazz, donde suenan picados, y hay manchas
gotas secas de alcohol, de dedos que los pusieron
estando húmedos de vida,

así
esta calle, a la que no había vuelto
hace treinta años,
y este café
donde la madrugada tenía panteras densas
y el violento perfume
de un oro despojado,

y donde fui
feliz.

SU la triste riviera d'Acheronte...

Por qué, sin yo llamarlo,
vuelve este verso a mi memoria,
no sólo a mi memoria, sino a todo
mi ser. Mientras conduzco,
mientras la radio suena con un programa imbécil.

Y de pronto,

«Su la triste riviera d'Acheronte».
Y algo me toma, algo
que viene de muy lejos.

La última lectura fue hace
poco, una noche de lluvia en
París. Pero cuántas, desde aquellas
soleadas estancias del Verano
de la niñez, acompañando tantas horas
de dicha y
también sombrías, rescatándolas siempre,
llevándome a su reino.
Cuando nos detengamos.
O Cuando detengamos nuestros pasos
en la triste orilla del Aqueronte.
¿La desolada orilla? ¿En la triste ribera?
Cómo resuena en mí la inmensa
belleza de ese verso,
la significación de ese Aqueronte. Cuánto
han tejido a lo largo de la Historia
en esa palabra, tantos hombres,
hasta ser lo que somos.
Hoy, como aquella tarde de mi infancia,
vuelve a mover en mí ese insondable depósito
de vida.

Y qué seguridad
en quien soy, lo que defiendo

al vivir como vivo, al pensar como pienso.
El honor y el orgullo
de ser miembro de la Resistencia.
La Resistencia al Mal que habéis alimentado
desde vuestras universidades, vuestros gobiernos,
el Mal que es la carne de esta forma de vivir
con la que habéis asesinado la Libertad,
con la que habéis exterminado
esa continuidad de la Historia
sin la cual no queda sino infamia, vileza, suicidio.

Pero un hombre, una noche, sin buscarlo,
recuerda ese verso. Y en su belleza
que lo llena de plenitud, se siente
hijo de esa Historia, inquebrantable hijo de esa Historia.
Y mientras no acabéis con él,
no estaréis seguros.

EL viento de la mar cubre ese rostro
y en sus ojos
cómo corta el filo de la Libertad.
Miradlo recortado en el crepúsculo
del Caribe. Cómo brilla el oro ensangrentado
de esa cadena en su cuello. Sangre ya seca
como la que esmalta sus ropajes
bellísimos. Y mirad esos ojos
azules como el mar, fieros como el viento
que pide para sus velas.
Firme la mano en la empuñadura
de su sable enjoyado, viril, sabiendo
que para él no queda ya sino el abismo,
Bartholomew Roberts mira cara a cara
a la Muerte. Y es ella la que aparta la mirada.

VIÉNDOTE desnuda sobre la cama,
mirando tus gestos,
escuchando tu voz
instruida en las artes del amor licencioso,
sé que tras cada gesto, en cada palabra
está lo que rezumó en esa sangre
la sabiduría dejada
por querer vivir tanto, por no haber permitido
que la mediocridad inficionase ese vivir.
Y es esa Cultura superior, esas formas de vida
civilizadas, cultivadas, deleitosas, gratas,
lo que renace esta noche
sobre esta cama. Y es
más, te diré: ese conocimiento
de lo que ahí somos los hombres,
ese saber la importancia
del decorado, ambiente, ropas, perfumes,
miradas, lenguaje de cama, abandono
sabio... Todo eso... Estás salvando, sí
—como los antiguos copistas medievales—
la Civilización, lo que un día fue
grandeza, y que milagrosamente en ti
no ha apagado la vida que hoy se lleva
ni los tribalismos bestiales.

vii

(Imitación de Adriano)

LITERATURA, Pintura, Música, conversaciones
/inteligentes, personas honorables,
todo cuanto hacía digna la vida de vivirse,
¿a dónde huiréis ahora a esconderos,
escarnecidos, olvidados?
Y nosotros, ¿qué será de nosotros?

ESTA tarde, paseando, como suelo, sin rumbo, de pronto me he encontrado por donde estuvo «entonces» la Librería Española. Le hablo del principio de los sesenta, cuando yo era un joven que caminaba con los ojos como ascuas por aquel París. Y a veces entraba en esa librería. Me gustaba hablar un rato con algunos viejos republicanos, y también discutía con algún otro bastante menos honorable; compraba libros que aún era difícil encontrar en España. Allí, una tarde –lo recuerdo muy bien, sobre una mesa al fondo–, de pronto, su ESTRAVAGARIO, ese bello volumen que, aún, cuando lo toco parece devolverme algo de aquella juventud. Pensar en aquel tiempo, me ha dado ganas de releerle, pero casi todos sus libros los tengo aún en Villa Gracia; aquí en París, sólo me traje RESIDENCIA EN LA TIERRA. Mis relaciones con usted siempre han sido un tira y afloja. Yo amo mucho algunos poemas de ese libro (sobre todo el TANGO DEL VIUDO), y cuántos otros suyos me han servido de enseñanza, me han sacudido el corazón,

incluso con tantos versos
que bien pudiera usted haberse ahorrado.
Pero lo he leído con ilusión, porque hasta en los poemas más abyectos,
cuando usted no dudaba en besarse con el crimen, con el Horror,
a veces escribía con tan extraordinarias imágenes
que arrebatava. Y eso quedará:
esa emoción, cuando ya el tiempo haya olvidado
qué intereses, la vileza que servían.
Porque usted no era inocente. Usted sabía, y
calló; y hasta glorificó, para beneficiarse,
lo que pasaba en la URSS, en China, usted fue cómplice
de millones de asesinatos, de las hambrunas, del exterminio
de las libertades.

Pero el poeta que era usted,
el vuelo que tantas veces hay en su escritura,
esa emoción que sólo al Arte pertenece,

eso

está ahí,
y estará
cuando ya no se recuerde quiénes éramos.

Y esa emoción

es la que aún viva en mi alma,
me ha traído esta tarde la felicidad
de esa otra tarde, hace ya
tanto... Y mirando
donde estuvo aquella librería,
me he visto joven, lleno de entusiasmo,
y he vuelto casi a sentir en mis manos aquel
momento, cuando
tomé y empecé a hojear ese ESTRAVAGARIO
que aún leo con amor.

NOCHE de pesadilla.
El insomnio desciende con su cuchilla
de aluminio helado,
cruza con lentos alambres
la habitación.
Todo va sucediendo
casi suavemente, acariciándome
con dedos de unos guantes de goma húmedos.
Veo pedazos de mi vida. Veo versos
de Kavafis, de HAMLET, un rostro del
Parmigianino. Veo una playa larga, larga,
iluminada por una luz de Luna densa
como un aguardiente. He olvidado la voz de mi
hermana. Mañana llamaré a Kundera. Me
asomo a la ventana. La
niebla envuelve a París. El río
es de hierro.

X

HAY momentos en la vida, tan
fríos,
como cuando besas la frente de un cadáver.
Y ya no reconoces tu pasado,
ni tu rostro,
ni tus manos.

Quién

es
ese
que sale de esa niebla?
Ya sin mí mismo. Solo
nada en un aire
sin futuro.

¿PERO es que no os dais cuenta
de que ya es otro mundo?
De que somos
—como una vez me dijo Brines—
la uña del muerto...

No complazcas a la Muerte.

Trátala

como a una mala puta.

Págale por su coño.

Y luego, sal. La calle
es hermosa en la noche.

Y hay más putas.

LAS amabas. Ellas fueron tu refugio. Sus
cuerpos desolados, hermosos, placenteros, el olor
de esos cuartos apacibles donde jamás entraba
el afuera, su frío inmóvil.
Sobre los terciopelos cálidos de esos divanes,
bajo luces tranquilas, las contemplabas
deslizarse, el abandono de sus cuerpos, ese adormecimiento
voluptuoso, la fragancia
un poco sucia, acre, esa
paz...

En las habitaciones, en las camas
de ese burdel
de la rue des Moulins, fuiste feliz
como lo son los hombres. Y dejaste
esa felicidad, para que la sintiésemos
como tú la sentías.

Y ahí están,
en tu cuadro, esperándonos
como esperaban cada noche
a sus clientes. Para hacerles sentir la alegría. Para
que al menos unas horas
–como cuando una mano cariñosa... esa caricia lenta...–
ahuyentasen angustias, pesadumbres,
desasimiento de la vida, esos cristales
que masticas con el alba. Y sólo haya
el brillo de oro de ese abandonarse
donde ser dichoso es natural.

Oh hermosísima tela
pintada por la mano del amado.
Nos quedaremos para siempre ahí,
con ellas,

olvidando, olvidando.
Y que ya no haya más
que este calor humano.

CIUDADES amadas,
las que dísteis asilo al caminante solitario:

Barcelona, hechicera sombra
de juventud, donde en la cicatriz de la noche arden
cuerpos de mujeres y el fantasma
de Durruti.

Roma, esa querida vieja, ya costumbre, pero
tan cómoda, con fuerza aún
para de vez en cuando
encender mis sentidos.

Budapest: el amigo entrañable con quien
salir de noche, beber, buscar mujeres, hablar, mientras
el frío huela los cristales.

San Petersburgo, llama de oro en los cielos de cuarzo;
calles que emergen de una desamparada bruma
donde los suicidas, las putas y los locos
quemán las joyas de la Nada.

Aleandría, excitante, como esa amante fortuita
que encuentras en un viaje, más que
puta, más que bella, con el punto justo
de suciedad, deslumbrante.

Sevilla, resplandor de azahar y paganismo,
noches de alegría que en el corazón resuenan como el mar.

Cambridge
O latest-born and loveliest vision far
Of all Olympus faded hierarchy!

Siracusa, lomo de delfín, líquido fuego
del sol antiguo, donde contra la cal de una tapia quemada
un sexo de mujer está crucificado
con pedazos de vidrio. Y ese ulular de bestia herida
que sale de la moneda de oro
puesta en la boca de la Muerte.

París, esa esposa
con la que llevas mucho tiempo, que
ni os entendéis ni dejáis de entenderos, pero
que tienes la sensación... no, no podrías
vivir en otro sitio;
y a esa pregunta: ¿Paso
con ella lo que me quede
de vida?, dices
Sí.

Venezia, vieja dama con pasado,
perfecta para cenar, «actuar», sentir incluso
en algún instante «algo».
Pero que ya no es el momento
de estropearlo por
una noche de más o menos
pasión.

Kyoto, gota radiante de la Luna.

Istanbul: acostarse con Cleopatra.

y xv

*CARTA DESDE EL EXILIO (siguiendo a
Li Pao y a Ezra Pound)*

QUERIDO Alberto Viertel.
Por fin lo has conseguido.
Ya has besado los labios de la Muerte.
Quiero pensar
que en tu última mirada
atrás, al franquear las puertas de esos inagnia regna,
quizá nuestra amistad te despidió
con el viejo «Cuídate. Nos vemos pronto».
Yo, aún aquí, quiero esta noche recordarte,
recordarnos en aquella Barcelona
donde fuimos felices.
Aquellas noches de oro. Todos
los bares eran la Torre del Sur del
puente de T'ieng-ching. Y cómo sabíamos vivirlas.
Aquellas cenas, aquellas conversaciones. Gozábamos la adoración
de las mujeres, y cuando no, la comprábamos.
Pero no sentíamos sino risas, cuerpos hermosos,
deseo. Y en esa embriaguez
nos burlábamos de reyes y
gobernantes, de la sordidez que cercaba
nuestra alegría. La ciudad daba asilo
a lo mejor de aquel mundo,
Gil de Biedma, García Márquez, Carme Riera, Barral,
Espríu, tantos de pensamientos altos
como las nubes. Y tú y yo nos aveníamos
desde lo hondísimo del alma.
Nada era importante, salvo la Literatura,
el Arte, el placer de las mujeres, aquellas
noches de fulgurante Luna.
Vivimos EL CUARTETO DE ALEJANDRÍA.
Después, yo partí hacia ese mundo

que me llamaba, y tú te quedaste en aquella Barcelona que
amabas más que a ti mismo.

Pero teníamos que vernos con frecuencia
y explorar juntos el castillo Encantado
y recordar juntos nuestros recuerdos
y sentir juntos el perfume de las mujeres.

No tengo de ti sino una memoria
limpia, de haber gozado tanta vida
sin defraudar nunca ni al placer ni a la inteligencia,
y la emoción por la lectura de tus novelas.

Y con ese entusiasmo cruzamos miles de valles
y no dejamos de sentir en nuestras frentes
el viento de la Libertad.

Luego vino eso que en España llaman
la Democracia: la gran mentira sucedió
a la prepotencia de aquellos otros miserables.

Pero de su convocatoria no participamos
porque no estuvimos dispuestos a asfixiar nuestro
individualismo, nuestra disidencia, esa Libertad
que necesitábamos como el aire para respirar.

Lo que esa música prometía, para
nosotros era el lamento de los desollados.

Y así nos retiramos y preferimos errar
como las estrellas, y elegimos
un doloroso exilio, y el odio de los nuevos poderosos,
la soledad; y cruzando esos yertos montes
y ríos, atravesamos las fronteras de Ch'u.

Yo me encerré en el Sur con mis libros
y Carmen, y luego regresamos a París
sin volver ya los ojos, y tú te fundiste con Barcelona,
caminaste en la cal viva de las drogas y la desesperación
y cruzaste el puente del suicidio.

A veces, bebiendo alzo mi copa y brindo
por ti, y por aquellos días,
y a ese brindis acuden aquellas noches magníficas,
aquellas mujeres, que en el poema parecen
reflejadas en un espejo bajo la Luna
bailando para nosotros. Y vuelve

Jaime Gil, su sonrisa y su lucidez refulgentes
en la noche de alcohol, y vuelve
Carme Riera, y la Balcells, y la luz asombrosa
de María del Mar.

Todo lo que se ha desvanecido
y nunca volveremos a tenerlo.

Esta noche paseo lenta, melancólicamente
por los viejos muelles, miro las aguas
del Sena, que pasan. Una lluvia levísima
nimba la luz de las farolas y el gran sauce
junto al puente de San Luis.

Contemplo un boulevard de Saint Michel
solitario, extrañamente solitario, como era
cuando yo llegué a esta ciudad
hace más de cuarenta años. Bueno, como preguntaba
el San Antonio de Flaubert: Quel est le but de tout cela?
Y como el Diablo le respondía:
Il n'y a pas de but!

Ah, viejo amigo,
no volveremos a conversar,
a beber juntos. Ahora bebo solo.
No hay nadie cerca
cuando estoy llegando a las puertas de Go.

y XXXIX

DÉSESPOIR D'UNE BEAUTÉ QUI S'EN VA
VERS LA MORT

LA Laguna se desvanece en la niebla Una
gaviota roza las
inmóviles aguas En la
niebla
irreales los
árboles
de San Francesco
Y en una lejanía de plata muerta
las pavesas de cobre de Venezia
Es un Canto que atrae
como atraían las sirenas
para entregarnos, así, puros
Ah si el que soy en esta llama helada
si el veneno suntuoso de estos velos de plomo
abriera sus alas húmedas
y gotease en la noche fría del alma
su lenta luz de incandescente Luna
Oigo aullar a los locos
Una bóveda de opio se cierra sobre el mundo
Puebla lo que quema Y
en los inmensos funerales
que arden como transparentes virginidades
una fiebre espesa fragua
sal en la memoria huesos en los sueños
Extensas soledades que resuenan
implacables, ese helor Sé
a lo que estamos condenados
Como dice Nadiezhda Mandelstam
entraremos en el futuro sin

testigos: fuera y dentro
de las alambradas
todos habrán perdido la memoria

Mas

está esta visión
Está el amor que anida
todavía
en mi corazón Y que me dice
que aún estoy vivo, y vivo
como siempre quise estarlo
En esta morada de qué Dios
sí, sé quién
soy
Y ya sin Destino
miro

*If we do meet again, why, we shall smile;
If not, why then this parting was well made.*

WILLIAM SHAKESPEARE

ÍNDICE

I	Budapest, Septiembre-París, Octubre de 2001.....	13
II	Kairouan, Marzo de 1999	14
III	Villa Gracia, Octubre de 2001-Kyoto, Junio de 2003.....	16
IV	Barcelona-París, Noviembre de 2000	18
V	Jerusalem-Magar, Mayo de 2001.....	20
VI	Berlín-Verona-Villa Gracia, Junio de 2001	21
VII	Villa Gracia, Mayo de 2001.....	23
VIII	Buenos Aires-Villa Gracia, Verano de 1999	25
IX	París, Octubre de 1997-Kinsale-Dublín, Septiembre de 2002	27
X	Marquech, Diciembre de 1997	28
XI	Villa Gracia, Marzo-Venezia, Mayo de 2001	29
XII	I Barcelona, Abril de 2001	30
	II Estudio del Mar Menor, 29 de Agosto de 2001	31
	y III El Cairo, Diciembre de 2001	32
XIII	París, Enero de 2001	34
XIV	Roma-París, Octubre de 2001	36
XV	París, Septiembre de 2003	38
XVI	Villa Gracia, Mayo-Villa Gracia, 17 de Diciembre de 2001.....	40
XVII	Venezia, Primavera de 2000.....	41
XVIII	i Ibiza, Mayo de 2001	42
	ii París, Abril de 2001	42
	iii París, Marzo-Luxor, Diciembre de 2001.....	43
	iv Garda, Junio-París, Noviembre de 2001	44
	v París, Abril-Villa Gracia, Agosto de 2001	45
	vi Vuelo Viena/Belgrado, Octubre de 1997	47
	vii París-Limerick, Octubre de 2003.....	47
	viii Villa Gracia, Junio de 2001	47
	ix Alejandría, Marzo de 2003	48
	x París, Enero de 2003	49

xi	Bastia, Junio de 2001-San Petersburgo, Septiembre de 2005	50
xii	París, Abril de 2003	51
xiii	París, Octubre de 2002.....	52
xiv	Budapest, Octubre de 2000.....	53
xv	París, Septiembre de 2003.....	54
xvi	París, Noviembre de 2003.....	55
xvii	Edimburgo, Febrero de 2003	56
y xviii	Kyoto, Junio de 2003	57
XIX	París, Noviembre de 2001-Venezia, Enero de 2002-Budapest, Abril de 2003	58
XX	París, Septiembre de 2003	59
XXI	El Cairo-Alejandro, Enero de 2004.....	60
XXII	Villa Gracia, Mayo de 2001-Kyoto, Junio de 2003	61
XXIII	San Pedro del Pinatar, 10 de Abril de 2002	62
XXIV	Cementerio de Courtapeeten, Octubre de 2003-París, Junio de 2004.....	63
XXV	Atenas, Mayo de 2003-Villa Gracia, Enero de 2004	65
XXVI	París, Noviembre de 2003	67
XXVII	Palma de Mallorca, Octubre de 2002-París, Abril-París, Septiembre de 2003.....	68
XXVIII	París, Abril de 2002-Villa Gracia, Diciembre de 2003.....	76
XXIX	Alejandro, Noviembre de 2001-París, Junio-París, Octubre de 2003- Alejandro, Enero-Villa Gracia, Marzo de 2004.....	78
XXX	Oxford-Newcastle-Manchester-Villa Gracia, Febrero de 2003	81
XXXI	Venezia, Abril de 2003.....	82
XXXII	París, Febrero-Venezia, Marzo de 2004	83
XXXIII	Villa Gracia, 3 de Septiembre de 2002.....	84
XXXIV	París, Abril de 2004.....	85
XXXV	Villa Gracia, 1966-París, Septiembre de 2003-Cabo de Palos, Enero de 2004	87
XXXVI	Villa Gracia, Marzo de 2004	89
XXXVII	Venezia, Febrero de 2002-Kyoto, Junio de 2003-Alejandro, 10 de Enero de 2004.....	90
XXXVIII	i París, Septiembre de 2004	92
	ii París, Junio de 2004.....	94

iii	París, Junio-Diciembre de 2004.....	95
iv	París, Septiembre de 2004	96
v	París, Julio de 2004-Enero-Junio de 2005	98
vi	París, Septiembre de 2004	99
vii	París, Octubre de 2004	101
viii	París, Septiembre de 2004	102
ix	París, Noviembre de 2004	105
x	San Juan de Puerto Rico, Febrero-Roma, Marzo de 2005	106
xi	París, Marzo de 2005.....	107
xii	París, Diciembre de 2004.....	108
xiii	Venezia, Marzo de 2005.....	109
xiv	Barcelona-París, Diciembre de 2004-París, Enero de 2005	111
y xv	París, Diciembre de 2004-San Petersburgo, Octubre de 2005	114
y XXXIX	Villa Gracia, Enero de 2001-París, Junio de 2002-París, Abril de 2005..	118